

El Caudillo de las manos rojas y la literatura oriental europea a mediados del siglo XIX. Traducciones e imitaciones

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ

Universidad de Zaragoza

jrubio@unizar.es

JAVIER URBINA

Médico y escritor

j.urbinafuentes@gmail.com

Título: *El Caudillo de las manos rojas* y la literatura oriental europea a mediados del siglo XIX. Traducciones e imitaciones.

Resumen: *El Caudillo de las manos rojas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, es el relato de temática oriental más extenso y complejo de cuantos escribió. Su transmisión textual ha sido muy compleja y todavía no se ha resuelto por completo. En este ensayo se da noticia de dos nuevas ediciones en la prensa, que contribuyen sustancialmente a la fijación de su cronología y a determinar sus variantes textuales. Por otro lado, se ofrece una aproximación a la serie de literatura neorientalista en que debe insertarse.

Palabras clave: *El Caudillo de las manos rojas*, Gustavo Adolfo Bécquer, Tradición india, Traducción india, Relato oriental, Tradición, Imitación.

Fecha de recepción: 10/6/2024.

Fecha de aceptación: 7/8/2024.

Title: *The Red-Handed Leader* and Eastern European Literature in the mid-19th Century. Translations and Imitations.

Abstract: *The Leader with Red Hands*, by Gustavo Adolfo Bécquer, is the longest and most complex story with an oriental theme that he wrote. Its textual transmission has been very complicated and has not yet been fully resolved. This paper reports on two new editions in the press, which contribute substantially to establishing its chronology and determining its textual variants. On the other hand, an approach to the series of neo-Orientalist literature in which it should be inserted is offered.

Key Words: *The Red-Handed Leader*, Gustavo Adolfo Bécquer, Indian Tradition, Indian Translation, Oriental Tale, Tradition, Imitation.

Date of Receipt: 10/6/2024.

Date of Approval: 7/8/2024.

Los avatares editoriales de *El caudillo de las manos rojas* ofrecen un caso ejemplar de cuántos y cuán variados son los problemas que presenta la edición de los textos becquerianos en prosa, tantos como su poesía y debidos a la rutina con que se han elaborado con frecuencia las recopilaciones de sus *Obras* después de su primera edición en 1871. En la célebre edición *princeps* recogieron sus amigos parte de la producción de Gustavo Adolfo como homenaje al poeta desaparecido y con la doble finalidad de difun-

dir sus creaciones literarias, que quedaban desperdigadas por los periódicos o manuscritas, y de ayudar con los ingresos de las ventas a su viuda e hijos así como a la de Valeriano, cuyos dibujos pensaron editar también. Tuvieron que desistir de esta parte del proyecto por su elevado coste y sólo gracias a la venta de dos lotes de dibujos, pudieron al fin sufragar la edición de Gustavo Adolfo. Muchos fueron los escritos que quedaron fuera de aquellas *obras escogidas*, pero no fue el caso de *El caudillo de las manos rojas*, ya que el relato fue incluido en el primer volumen entre los textos encabezados por el rótulo de “Leyendas”¹. De esta primera edición en libro derivan tres cuestiones que vamos a analizar aquí. La primera afecta al texto del relato y las otras dos a su exégesis posterior.

La versión del relato incluida en las *Obras* estaba incompleta, ya que faltan parte de las páginas finales y tuvo que pasar casi un siglo hasta que Dionisio Gamallo Fierros, en 1948, localizó la edición periodística completa y firmada en *La Crónica* donde apareció entre el 29 y 30 de mayo; 1, 2, 5, 6, 11 y 12 de junio de 1858 en la sección de folletín. Es decir, en ocho entregas o folletines de este periódico madrileño².

Antes ni siquiera la tenacidad de Franz Schneider localizó la versión periodística en su tesis de 1914³. Schneider no pudo ver una colección completa de *La Crónica* y marró el año, manteniendo en sus tablas cronológicas 1857 como fecha de publicación. El error arranca de Ramón Rodríguez Correa, que escribió en el “Prólogo” de las *Obras*:

-
- 1 *Obras de Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, Imprenta Fortanet, 1871, 2 tomos. Incluida en las páginas 55-106 del primero. “Prólogo” de Ramón Rodríguez Correa. Sobre la preparación de esta edición, Jesús Rubio Jiménez, *La fama póstuma de Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009.
 - 2 Dionisio Gamallo Fierros, “Un sensacional descubrimiento becqueriano. El texto íntegro de *El caudillo de las manos rojas*”, *La Comarca* (Ribadeo), 4, 18 y 25 de abril; 9 y 16 de mayo de 1948. Poco después recogió estos artículos rehechos en *Del olvido en el ángulo oscuro... Páginas abandonadas de Gustavo Adolfo Bécquer (Prosa y verso)*. Con un ensayo biocrítico, apéndices y notas, Madrid, Editorial Valera, 1948, pp. 107-169.
 - 3 Franz Schneider, *Gustavo Adolfo Bécquer. Leben und Schaffen unter besonderer Betonung des Chronologischen Elementes. Inaugural Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde der hohen philosophischen Fakultät der Universität Leipzig, vorgelegt von Franz Schaneider, aus Dessau*, Borna-Leipzig, Druck von Robert Noske, 1914.

El año 57 se vio acometido de una horrible enfermedad, y para atender a ella, y rebuscando entre sus papeles, hallé *El caudillo de las manos rojas*, tradición india que se publicó en *La Crónica*, siendo reproducida con la singularidad de creerse que el título de *tradición* era una errata de imprenta; pues todos los que la insertaron en España o copiaron en el extranjero la bautizaron con el nombre de *traducción* india. ¡Tan concienzudamente había sido hecho el trabajo!⁴

Ramón Rodríguez Correa confundió el año, lo cual prueba que estaba citando de memoria y que acaso no se tuvo delante una copia de aquella edición periodística en la preparación de la versión incluida en las *Obras*. Y, además, introdujo otro detalle que, aunque aparentemente anecdótico, ha dado lugar a numerosas elucubraciones de la crítica posterior. Nos referimos a su afirmación de que algún periódico que reprodujo el trabajo de Gustavo Adolfo sustituyó el subtítulo de “tradición india” por el de “traducción india”, ya que quienes se apropiaron del relato para realizar otra u otras nuevas ediciones no imaginaban un trabajo de creación tan concienzudo como el que había llevado a cabo el joven escritor. De esta confusión surge el segundo aspecto al que aludimos y que afecta, junto con el tercero —su inclusión entre las “Leyendas”—, a su exégesis crítica.

Errores de datación, una transmisión deturpada del texto y una consideración genérica imprecisa han acompañado mucho tiempo por tanto a este relato becqueriano, que no fue editado completo hasta que lo hicieron Gamallo Fierros en 1948 y con mayor rigor filológico por Rubén Benítez ya en 1974. Y aun así quedaron flecos sueltos sobre los que intentamos arrojar alguna luz aquí teniendo a la vista sus primeras ediciones periodísticas que fueron el origen de los malentendidos.

Una vez recuperado por Gamallo Fierros el texto completo, pasó a la edición de *Obras completas* que asesoró para la editorial Aguilar en 1954. Quedaba solventada la carencia más grave —la versión cercenada del texto—, pero abiertas las otras dos mencionadas. La explicación que daba Gamallo Fierros a la versión incompleta es que en 1870-1871, durante la preparación de las *Obras*, se habría utilizado una copia descuidada o una refundición del texto realizada por Gustavo⁵. Ninguna de las dos ex-

4 Rodríguez Correa, “Prólogo”, *Obras*, pp. x-xi.

5 Dionisio Gamallo Fierros, *Del olvido en el ángulo oscuro*, p. 110.

plicaciones resulta convincente. Augusto Ferrán, que fue quien realizó el acopio de la mayor parte de los textos en prosa, era cuidadoso y el hecho es que en las *Obras* ningún otro texto recopilado tiene cortes tan extensos como estos, aunque sí correcciones y cambios menores. Y tampoco es fácil aceptar que Gustavo Adolfo cortara un texto haciéndolo incomprensible en algunos aspectos. Además, de haber realizado una nueva versión, tendría como finalidad su publicación y esta no existe, que sepamos.

En *Bécquer tradicionalista*, Rubén Benítez realizó un completo estudio de las posibles fuentes de este relato y en 1974 editó críticamente del texto⁶. Estudiando el relato y a la vista de que lo suprimido en la primera edición de las *Obras* correspondía a la narración de la tradición hindú del Jaganata, afirmó que, al hacerlo, sus amigos ocultaron “la fuente tradicional” de la que había partido para este pasaje. Con lo que quedaba en el aire si la supresión pudo ser intencionada⁷. Una parte notable de su estudio la dedica a probar la importancia de estos pasajes como indicadores que permiten ahondar en la génesis del texto y en su pertenencia a una corriente de escritura orientalizante que venía dando interesantes obras desde los años románticos. Pero ni siquiera tras su fino análisis y cuidado tratamiento del texto pudo aclarar en qué se basaba Rodríguez Correa para afirmar la confusión entre “tradición” y “traducción” que ha habido ocasión de mencionar.

La explicación la damos aquí rescatando una edición periodística olvidada del relato de tema orientalista del poeta sevillano. Se publicó firmada por “D. Gustavo Adolfo Bécquer” en *La Corona. Periódico liberal*, diario barcelonés, con su título habitual y sin grandes cambios textuales, entre el 2 de junio y el 6 de julio de 1858. Las 10 entregas en el folletín fueron las siguientes:

1. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADUCCION INDIA por D. Gustavo Adolfo Bécquer. *La Corona. Periódico liberal*, año V, miércoles 2 de junio de 1858, p. 1. Edición de la mañana.

6 Rubén Benítez, *Bécquer tradicionalista*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 109-136. Ensayo publicado antes en *Revista de Filología Española*, LII (1969), pp. 371-392; y Gustavo Adolfo Bécquer, *Leyendas, apólogos y otros relatos*, ed. Rubén Benítez Barcelona, Editorial Labor, 1974, pp. 57-112.

7 Benítez, *Bécquer tradicionalista*, p. 110. Después en pp. 124-125.

Ocupa la parte inferior de la página y concluye “CRÓNICA.- (Se continuará.)”

Incluye el capítulo I, apartados I-XII.

2. 4 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página. Concluye el primer capítulo de la leyenda (apartado xiii) y comienza el capítulo II (apartados I-VIII). Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “traducción india”.
3. 5 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página. Continúa el capítulo II, apartados IX A XVI. Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “traducción india”.
4. 6 de junio de 1858 (edición de mañana). El folletín ocupa dos páginas. Concluye el capítulo II, apartado XVII. Comienza el capítulo III, apartados I a XIV. Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “traducción india”.
5. 6 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página. Concluye el capítulo III, apartado XV. Comienza el capítulo IV, apartados I a XI. Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “traducción india”.
6. 10 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa dos páginas. Concluye el capítulo III, apartados XII A XXVI. Comienza el capítulo II (sic) apartados I a V. Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “traducción india”.
7. 14 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página. Continúa el capítulo II (pero V), apartados VI A XIV. Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “tradición india”, realizando la corrección solicitada desde Madrid.
8. 22 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página. Concluye el capítulo V, apartados XV A XXIII. Comienza el capítulo VI, apartados I a V (pero errata, es III). Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “tradición india”.

9. 26 de junio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página. Concluye el capítulo VI, apartados III a VII [la numeración vuelve a ser equívoca pues en la entrega anterior ya aparece el encabezamiento III como v]. Comienza el capítulo VIII, apartados I a IV. Concluye indicando: “CRÓNICA.- (Se continuará)”. Llama a la leyenda “tradición india”.
10. 6 de julio de 1858 (edición de tarde). El folletín ocupa una página en cuyo comienzo se indica “(Conclusión)”. Incluye el resto del capítulo VIII, apartados V a XIX. Llama a la leyenda “tradición india”.

Las ediciones madrileña y barcelonesa superpusieron en parte sus fechas. Tan rápido fue el interés del periódico catalán por el relato sin que sepamos de quien fue la decisión de publicarlo ni si se hizo con el consentimiento del autor. Esta nueva edición del relato no ha sido nunca considerada por la crítica ni cotejada por quienes han editado el texto. Deberá ser tomada en cuenta en las nuevas ediciones críticas del texto porque, además de su interés textual, clarifica las circunstancias que acompañaron la primera difusión del *Caudillo*⁸.

Revisando la revista madrileña *El Fénix* encontramos en la sección de “Noticias generales” del día 8 de junio de 1858, firmado por Muñoz y Gaviria, el siguiente suelto:

Nuestro apreciable colega *La Corona*, periódico que se publica en la capital de Cataluña, está reproduciendo la preciosa tradición india de nuestro amigo D. Gustavo Adolfo Bécquer, titulada *El caudillo de las manos rojas*; pero sin duda por una errata de imprenta que se ha olvidado corregir, se le llama traducción en vez de tradición. Nosotros que tuvimos el honor de que el Sr. Bécquer nos comunicara su pensamiento cuando le ocurrió, y que después le hemos visto escribir la mayor parte de su obra, rogamos a *La Corona* que rectifique la errata a fin de que lo original no aparezca como traducido.

8 Téngase en cuenta la “postdata” final de este ensayo, escrito en 2010, donde añadimos una nueva edición periodística desconocida de la leyenda, señalando la necesidad de una consideración minuciosa de estas publicaciones periodísticas para la edición crítica del relato.

La noticia pudo ser introducida por Julio Nombela o por Luis García Luna que colaboraban en el periódico, buscando que se rectificara el error que se había deslizado en el periódico barcelonés. El día 10 de ese mismo mes, *La Crónica* reprodujo este suelto de *El Fénix* y añadía:

Ya ve nuestro colega como antes de que nosotros rompiéramos nuestro silencio lo ha hecho otro apreciable periódico, lo mismo que el cual le rogamos, pues nos consta que nuestro querido amigo el Sr. Bécquer no ha estudiado en su vida el idioma que se habla en las orillas del Ganges.

La Corona publicó la leyenda de Bécquer —como queda dicho— desde el 2 de junio hasta el 6 de julio de 1858. El día 14 de junio de 1858, en la edición de la tarde, previo aviso a pie de página, el periódico barcelonés rectificó el error al incluir la séptima entrega. Anduvieron por tanto diligentes los editores catalanes en enmendar su fallo advertidos por los dos periódicos madrileños mencionados. Sin embargo, queda abierta a la discusión la posible explicación de su desliz, que no era una mera errata mecánica sino consecuencia de una apreciación estética. Algo parece intuirse del texto de Ramón Rodríguez Correa, para quien el origen estaría en el concienzudo trabajo creador de Gustavo Adolfo logrando un verosímil relato oriental, que admitía ser careado con otros de los que se publicaban por aquellas fechas en la prensa y en las editoriales españolas. Los editores de *La Corona* no eran legos en la materia y en sus páginas encontramos el mejor argumento de cuánto interés suscitaba en ellos la temática oriental. Por las mismas fechas en que publicaron *El caudillo de las manos rojas* su folletín estaba difundiendo nada menos que una edición ilustrada de *Las mil y una noches*, obra de referencia inexcusable y modelo inmejorable para cualquiera que intentara entonces conocer la tradición narrativa oriental. Volveremos sobre este aspecto tras situar brevemente *La Corona*.

Era un periódico liberal que había sido fundado cinco años antes como *La Corona de Aragón*. Se fusionó en 1868 con la *Crónica de Cataluña*. Por las fechas en que apareció la colaboración de Bécquer contaba con una organización en secciones consolidada y con una aceptación del público suficiente como para que tiraran ediciones diarias de mañana y de tarde. Repartía lo publicado en las siguientes secciones: editorial (que firmaba Román de Lacunza), folletín, revista de prensa extranjera (por aquellas

fechas la firmaba Adolfo Joarizti), revista de prensa nacional (realizada desde Madrid por Augusto Tell), variedades, anuncios y publicidad de libros. Una posible explicación de la inclusión del relato de Bécquer en *La Corona* sería que la recomendará el corresponsal madrileño tras leer las primeras entregas o porque mantuviera contactos con Gustavo Adolfo.

La edición en folletín de *Las mil y una noches* convivió con la de *El caudillo de las manos rojas* y continuó editándose durante varios meses después. Para cuando se incluyó la primera entrega del texto becqueriano habían aparecido ya 104 entregas del primer tomo de la colección oriental que se completó el día cuatro de junio después de la primera entrega del *Caudillo*. Ese día el periódico ofreció un índice del tomo I de *Las mil y una noches*, que habían repartido en 106 entregas y que totalizaba 424 páginas. El tomo llevaba además al comienzo una disertación sobre la colección seguida de una relación de noches hasta la CXLIX.

El 4 de junio por la mañana incluyeron la segunda entrega del *Caudillo*, pero ya por la tarde iniciaron la publicación de las entregas del segundo tomo de *Las mil y una noches* que siguió alternándose con nuestro relato en días sucesivos. La edición utilizada y reproducida en su parte gráfica fue la siguiente: *Las mil y una noches, cuentos árabes, edición ilustrada con 1600 dibujos de los mejores artistas europeos traducidas en alemán del texto árabe por Gustavo Weill [sic] con anotaciones del mismo y una introducción del varón Silvestre de Sacy y vertidas del alemán al español por los mismos editores*, Barcelona, Imprenta de La Corona, calle de Escudiller, n.º 40, piso 1.

La edición seguía el patrón más frecuente en la difusión de la célebre colección de relatos desde que Jean Antoine Galland (1646-1715) la descubriera para los lectores modernos europeos. La traducción de Gustavo Weill iba acompañada por una presentación del célebre orientalista Silvestre de Sacy, uno de los pilares de los estudios orientales decimonónicos con quien se educó entre otros el español Pascual Gayangos y Arce impulsor del arabismo moderno español⁹. Todavía a finales del siglo XIX continuaba siendo esta la edición de referencia de la colección¹⁰. Que

9 Manuela Manzanares de Cirre, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1971, pp. 83-104.

10 Véase *Las Mil y una noches. Cuentos árabes. Traducidos en alemán del texto árabe genuino por Gustavo Weill con anotaciones del mismo y una introducción del Barón*

una obra de esta entidad y extensión se incluyera como folletín de un periódico denota un notable interés por los temas orientales, que era más amplio de lo que en ocasiones se ha considerado, siguió aumentado en la década siguiente y explica los tanteos de escritura orientalista de Gustavo Adolfo Bécquer, que no tomaban ya como referencia solamente el Oriente próximo y medio sino el extremo. Este interés dio lugar a publicaciones donde la tradición literaria de la India alcanzó protagonismo tanto con la edición de textos como por su presencia en obras enciclopédicas¹¹.

Nacieron estas publicaciones de la divulgación de los temas orientales hacia públicos amplios, rebasando el mundo de los estudios académicos, que en aquellas décadas se iban mostrando atentos cada vez a más asuntos entre los que las lenguas orientales y sus literaturas ocupaban un lugar central.

El asunto puede ser abordado desde distintos puntos de vista. Las relaciones con el Norte de África dieron lugar a numerosas publicaciones a lo largo del siglo XIX que tienen cierto interés para entender la conformación del orientalismo español. Nos limitamos a enumerar algunas. En primer lugar, continuó la abundante literatura de viajes que presentaba España como un país oriental en cierto modo. De la innumerable bibliografía que fue produciendo el asunto se puede llamar la atención sobre libros poco citados como la *Historia de los árabes y de los moros en España* (1844), de Louis Viardot y *Medina o escenas de la vida árabe* (1871), de A. de Gondrecourt, que contienen curiosas páginas sobre esta visión de la península¹².

Silvestre de Sacy y vertidas del alemán al castellano por una sociedad de literatos. Nueva edición adornada con muchas láminas de los mejores artistas, París, Librería de Garnier Hermanos, 1886, 4º mayor, VIII-1035 pp. Bécquer citó en más de una ocasión *Las mil y una noches*, por ejemplo en la leyenda *El aderezo de esmeraldas*. Véase Sabih Sadiq, “Poesía árabe y los poetas españoles del siglo XIX. II.: El romanticismo”, *BLIB*, 46 (1997), pp. 319-327.

11 Véanse, además del indispensable estudio de Rubén Benítez ya citado, el recuento de Robert Pageard en “L’Inde et la culture espagnole au XIXe siècle”, en *Nationalisme et cosmopolitisme dans les littératures ibériques au XIXe siècle*, Université de Lille III, Editions Universitaires, 1975, pp. 11-53; y Candido Panebianco, *Lesotismo indiano di Gustavo Adolfo Bécquer*, Roma, Bulzoni, 1988.

12 Louis Viardot, *Historia de los árabes y de los moros en España*, Barcelona, Imprenta de Juan Oliveros, 1844. A. de Gondrecourt, *Medina o escenas de la vida árabe*, Sevilla, Perié, 1871, 2 vols.

Cuando las circunstancias históricas llevaron a enfrentamientos militares surgió a su alrededor toda una literatura que tampoco se puede soslayar¹³. Y hasta tuvo la campaña militar cierta dimensión literaria que favoreció publicaciones como *Leyendas de África*, de Antonio Ros de Olano¹⁴.

En diferentes lugares de España fueron surgiendo núcleos académicos cuya consideración resulta reveladora. Por un lado, los historiadores iban publicando cada vez más estudios sobre el pasado árabe o morisco español.¹⁵ Por otro, se consolidó el estudio estricto de la cultura árabe y se formaron amplias colecciones de documentos, que abrían nuevas perspectivas¹⁶. Las simples traducciones de estas obras, ya constituían aportaciones de gran interés para excitar la imaginación¹⁷.

Se ha de recalcar al respecto la influencia de los arabistas españoles en la creación de un ambiente propicio al exotismo oriental que, además de indagar en la herencia musulmana en la península, fue abriendo horizontes más amplios, impulsando el estudio de la lengua sánscrita. A mediados de

13 Manuel Torrijos, *El Imperio de Marruecos...*, Madrid, Biblioteca de la Instrucción Universal, 1859. Leon Galibert, *La Argelia antigua y moderna*, Madrid, Joaquín Sierra Editor, 1859-1861, 2 vols. Mariano Soriano Fuertes, *Música árabe-española y conexión de la música con la astronomía, medicina y arquitectura*, Barcelona, Juan Oliveres, Impresor de S. M., 1853.

14 Antonio Ros de Olano, *Leyendas de África*, Madrid, Gaspar y Roig, 1860.

15 De aquellas fechas cabe recordar libros como Florencio Janer, *Condición social de los moriscos de España*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1857. Modesto Lafuente, *Discursos... sobre la fundación y vicisitudes del califato de Córdoba*, Madrid, Real Academia Española, 1858. José Muñoz de Gaviria, *Historia del alzamiento de los moriscos*, Madrid, Mellado, 1861. José Gordon y Salamanca, *Juicio crítico de la expulsión de los moriscos*, Granada, Francisco Higuera López, 1864. A la larga, esta atención histórica tuvo derivaciones literarias, recuperándose muchas obras: *Leyendas moriscas: sacadas de varios manuscritos existentes en las bibliotecas Nacional, Real y de D. Pascual de Gayangos*, por F. Guillén Robles, Madrid, M. Tello, 1885-1886, 3 vols.

16 Por ejemplo, Francisco María Tubino, *Memoria sobre los códices árabes cedidos a la Universidad literaria de Sevilla*, Sevilla, La Andalucía, 1861.

17 *Historias de Al-Andalus por Aben-Adhari de Marruecos, traducida directamente del árabe por Francisco Fernández y González*, Granada, Ventura y Sabatel, 1860. O Al-Magheriti, *Un juego de ajedrez. Leyenda árabe granadina*, Madrid, Fortanet, 1872.

siglo existían tres cátedras de árabe en la universidad española¹⁸. Pascual Gayangos y Arce regía la de Madrid¹⁹, José Moreno Nieto la de Granada²⁰ y en Sevilla la ocupaba el neocatólico y carlista León Carbonero y Sol. De este último pudo tener noticia Gustavo Adolfo en su adolescencia. En los años cincuenta tradujo y publicó poesía árabe según recordó Juan Valera citando algunos de sus trabajos cuando tradujo y anotó la obra de Adolfo von Schack *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*²¹. Editó y

18 Manuela Manzanares de Cirre, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1971.

19 Una semblanza en Manzanares de Cirre, *ibidem*, pp. 83-104.

20 Una semblanza en Manzanares de Cirre, *ibidem*, pp. 765 y ss. Y en las pp. 165-168 documenta unas eruditas lecciones suyas en el Ateneo de Madrid sobre la filosofía y las letras arábicas, que no fueron publicadas.

21 Su epistolario recoge opiniones sobre las muchas dificultades con que se encontró en esta aventura editorial, que no tuvo mucho éxito: Juan Valera, *Correspondencia. Volumen II (años 1862-1875)*, ed. Leonardo Romero Tobar *et alii*, Madrid, Castalia, 2003. A Salvador Valera y Freuller le escribió el 31 de octubre de 1865: "Ahora estoy leyendo una obra que acaba de publicar Schack sobre la *Poesía y el Arte de los árabes en España y Sicilia*. Es libro precioso y de rara erudición. Vergüenza que sean extranjeros los que desentrañen estos tesoros, ignorados de los españoles" (p. 248). El 9 de febrero de 1866 al mismo corresponsal le señalaba que los días 9 y 10 de enero había publicado dos artículos en *El Eco del País* sobre el libro citado (p. 252) y el 3 de abril a Gumersindo Laverde le mencionaba el libro como notable (p. 254). A finales de año, el 12 de diciembre, le comunicaba a este mismo que andaba cavilando sobre la posibilidad de publicar una traducción del libro (p. 275) en la que se ocupó en los meses siguientes. El 8 de febrero de 1867 comentaba que la traducción le resultaba difícil porque más de la mitad estaba en verso y él estaba traduciendo en verso también, adjuntándole algunos poemas amorosos (pp. 279-284). El 24 de abril ya había concluido la traducción del primer tomo y esperaba corregir pruebas incluidas las notas sobre el influjo de la literatura mahometana española en la literatura cristiana europea (p. 291). En mayo salió a la luz el volumen. Después, sin embargo, se enfrió y continuó el proyecto con menos intensidad y hasta marzo de 1868 no entregó parte del segundo tomo a la imprenta (p. 343); este apareció en los días de la septembrina. En la primavera de 1869 no sabía cuando terminaría el tercer tomo, que apareció a finales de 1871 (p. 490). Valera había entrado en contacto con los estudiosos del sánscrito durante su estancia en San Petersburgo en 1856-1857 según se deduce de una de sus *Cartas de Rusia*, dirigida a Leopoldo Augusto de Cueto y fechada el 5 de marzo de 1857, donde le narró su encuentro con el orientalista Kassowitch que excitó su curiosidad hacia la India. En 1870 presentó en la *Revista de España* las *Leyendas del antiguo oriente* que se proponía publicar en

dirigió Carbonero y Sol en Sevilla la revista *La Cruz* donde desde una militancia católica se analizó también el pasado cultural español y la convivencia con otras religiones y culturas. Sus posiciones eran ultramontanas y su visión de la presencia de los judíos en España puede ser calificada hoy como racista y excluyente. Gustavo Adolfo debió leer revistas como esta y en ellas se fue forjando su visión del pasado²².

La formación de estos estudiosos y eruditos proporciona pistas para adivinar cómo se fue configurando la atención por el orientalismo y que en unos decenios se generara un creciente interés en leer aquellos textos y en imitarlos escribiendo otros nuevos. En los Reales Estudios de San Isidro se iniciaron en el estudio del árabe con el padre Artigas, Pascual Gayangos, Serafín Estébanez Calderón y León Carbonero y Sol. Después cada uno desarrolló estos conocimientos por diferentes caminos y los difundió desde su cátedra universitaria, en instituciones como los ateneos y con sus escritos.

Relevante resultó en Madrid la fundación de cátedras para la enseñanza del árabe y del sánscrito en el Ateneo cuando este comenzó a ocupar un lugar central entre las instituciones culturales privadas de la capital. Primero fue Gayangos quien dictó algunas clases. En 1837 Serafín Estébanez Calderón comenzó sus actividades como maestro de árabe y cuando lo nombraron Jefe Político de Sevilla lo sustituyeron Rafael Tundidor de Flores, Francisco Bermúdez y Sotomayor o ya en 1841-1842 Carlos Creus.

En Sevilla, Estébanez Calderón jugó un papel fundamental en el establecimiento del Liceo Bético donde se discutía sobre el pasado árabe de la ciudad y *El Solitario* transmitía sus saberes sobre la materia²³. Vuelto

la revista y se refirió al *renacimiento oriental* que se estaba produciendo en Europa y al que debía sumarse España. A. Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1867-1871. Traducción de Juan Valera. Véase ahora, A. F. von Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, Madrid, Hiperión, 1988. Traducción de Juan Valera.

- 22 León Carbonero y Sol, "Pretensiones de los judíos para su establecimiento en España", *La Cruz*, II, noviembre de 1854, pp. 623-627; y León María Carbonero y Sol Meras, *Cánticos orientales e imitaciones bíblicas*, Madrid, Imprenta de D. Antonio Pérez Dubrul, 1873.
- 23 Sobre estas instituciones, véase Aranzazu Pérez Sánchez, *El Liceo Artístico y Literario de Madrid (1837-1851)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005. Sobre Sevilla, en especial, pp. 311 y ss.

a Madrid, Estébanez Calderón se encargó otra vez de la cátedra continuando en ella hasta 1848. Eran clases gratuitas y se realizaban dos horas semanales.

De Estébanez Calderón hay que destacar otro aspecto que suele quedar en segundo plano pero tiene interés en la conformación de una tradición literaria orientalista española. Potenció con sus poemas, narraciones y artículos costumbristas la imitación de aquella literatura con un peculiar “arabismo romántico” en las poesías primero y luego en los relatos de *Cartas españolas*, *Cuentos del Generalife* —seguía aquí el modelo de los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving— y en la novela *Cristianos y moriscos*²⁴. Al igual que se han señalado analogías entre el costumbrismo andaluz de Gustavo Adolfo y los artículos costumbristas de *El Solitario* valdría la pena realizar un estudio comparativo entre sus relatos y algunas leyendas becquerianas, ya que cuando se escribieron Estébanez Calderón mantenía todo su prestigio en Madrid y en Sevilla había impulsado entre los escritores románticos sevillanos el gusto por los poemas y relatos de temática oriental. No se ha reparado lo suficiente en la importancia de la estancia de Estébanez Calderón en Sevilla como impulsor de nuevos estudios y ni siquiera se han leído con criterios amplios las *Escenas andaluzas*, que no son sólo indispensables para el estudio del costumbrismo andaluz, sino que contienen otros registros notables como el orientalista en relatos como “El fariz”, que había dado ya a conocer en las *Cartas Españolas* el 9 de febrero de 1832²⁵. El 22 de marzo publicó “Catur y Alicak, o dos ministros como no hay muchos” como “Capítulo suelto de cierta novela ejemplar que algún día habrá de aparecer en plaza” y que es un apólogo ambientado en la Andalucía árabe. Y del mismo clima surge “Hiala, Nadir y Bartolo”, ensoñación oriental árabe publicada en *Cartas Españolas* el 6 de febrero de 1832. No en vano Estébanez Calderón era un bibliófilo

24 Manzanares de Mena, *op. cit.*, pp. 105-118.

25 Como indica al final del relato Estébanez Calderón, es obra del escritor polaco Adan Mickiewicz (1798-1855), quien lo escribió durante su exilio en Rusia en 1828. Lo tradujo él mismo al francés y de esta lengua lo tradujo a su vez Estébanez. Compuesto en forma de casida árabe se trataba de un notable ejercicio de imitación, que obtuvo un gran éxito. El escritor polaco ha sido puesto en relación con Bécquer por Emilio Quintana, “Una traducción de Mickiewicz y *La corza blanca*”, *El gnomio. Boletín de estudios becquerianos*, 4 (1995), pp. 73-78.

refinado que, tentado por la escritura, aprovechaba sus múltiples saberes e información para urdir escritos exóticos en estos relatos y en su novela *Cristianos y moriscos*, de ambientación granadina. Y en los relatos que recopilaría Cánovas en el volumen *Novelas, cuentos y artículos* (1893) con títulos que ya sugieren sus ambientes: *Los tesoros de la Alhambra*, *El collar de perlas*.

Estébanez Calderón es un hito relevante en la conformación del sustrato sobre el que se edificó la literatura orientalista española. Escribió poemas como “Romance morisco” que al igual que otros textos del Duque de Rivas favorecieron la creación y expansión de una línea exotista en la literatura española²⁶. Pero aún fue más lejos, y es lo que importa resaltar aquí: ensayó la escritura orientalizante basada en la imitación consciente de modelos literarios. El relato poemático “El fariz”, encabezado con unos versos de una poesía árabe, sobre todo es una evocación lírica de la apasionada vida de un caballero árabe, que cabalga por el desierto formando casi una única figura con su caballo. Es un ensartado de brillantes imágenes que describen ese mundo. Al final, escribe Estébanez Calderón:

Adán Mickiewicz se ha dado a conocer ventajosamente en Europa con su *Conrado*, bosquejo histórico, sacado de los anales de Lituania, y por sus sonetos de Crimea, pero lo que más le ha recomendado por su originalidad y valentía es el rasgo que hemos dado a conocer y que traducido libremente al castellano ofrecemos al público²⁷.

26 Estos romances trataban de adoptar y adaptar algunas fórmulas poéticas orientales y sus particulares estrofosismos e imagería. Los arabistas y otros orientalistas españoles fueron poniendo a disposición de los poetas españoles cada vez más textos que acabaron por generar corrientes de imitación también en la poesía, incluida la de Bécquer. El asunto es de extrema complejidad, pero véase el excelente e incitante estudio de Rubén Benítez, *Bécquer y la tradición de la lírica popular*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, col. Desde mi celda, 3, 2006. Con carácter más general, a título indicativo: Celia del Moral Molina, “Huellas de la literatura árabe clásica en las literaturas europeas. Vías de transmisión”, en *Confluencias de culturas en el Mediterráneo*, ed. Francisco Muñoz Muñoz, Granada, Universidad de Granada, 1993, pp. 193-215. R. M. Ruiz Moreno, “Lo árabe-islámico en la literatura española”, en *Literatura comparada y culturalismo*, ed. S. Serour, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2000, pp. 17-40.

27 Serafín Estébanez Calderón, “El fariz”, en *Escenas andaluzas* Debe verse también en la misma colección “Catur y Alicak, o dos ministros como hay muchos”.

Es decir, Estébanez Calderón en “El fariz” puso en circulación entre los lectores españoles un texto que era una imitación consciente de la literatura oriental árabe realizada por el escritor polaco; y lo hizo traduciéndolo libremente con lo cual llevó a cabo un nuevo ejercicio de imitación consciente. Es este el territorio en el que hay que situar la escritura de *El caudillo de las manos rojas*, aunque mediando, además, la difusión de la literatura oriental no sólo árabe sino la de la India. Estos relatos estaban creando una base de narraciones orientales que el auge romántico amplió y que muchas veces son difíciles de ubicar no sólo por sus temas sino por la procedencia de los escritos, su relativa originalidad porque van desde la *traducción* a la *imitación* o simplemente a la ensoñación de los asuntos con el recuerdo de lecturas y otros modos de contacto con el mundo oriental.

Cuando Pascual Gayangos se incorporó a su cátedra de Lengua Árabe en la Universidad de Madrid en 1843 se reforzaron estas enseñanzas en la capital y con él se formaron arabistas como Eduardo Saavedra y Francisco Javier Simonet. En diferentes ámbitos de la ciudad no es difícil documentar actividades que muestran que estas culturas se transmitían también hacia públicos más amplios. En 1856 pronunció unas eruditas conferencias en el Ateneo sobre filosofía y letras árabes Moreno Nieto. En 1857, daba clases de árabe en el Ateneo Francisco Javier Simonet, que dedicó ese año su curso a la “Historia literaria de los árabes en España”; en 1858, lo hizo a la “Lengua y literatura árabe”, mientras el de 1859 versó sobre “Árabe vulgar de Marruecos.” En 1860, dejó estas enseñanzas al pasar a ocuparse de su cátedra de árabe de la Universidad de Granada²⁸. El 8 de marzo de 1859, además, publicó en *La América* un importante artículo “Sobre el carácter distintivo de la poesía árabe”, que contiene una interesante antología de poesía árabe. Como señaló José Pedro Díaz no pudo pasar desapercibido para los poetas jóvenes, que se iban familiarizando así con temas e imágenes exóticos²⁹.

El estudio del sánscrito se organizó en Granada en torno a Leopoldo Eguilaz y Yanguas³⁰ y en Madrid alrededor de Manuel de Assas y Ereno,

28 Manzanares de Cirre, *op. cit.*, pp. 131-162. Hay que recordar publicaciones como *Descripción del reino de Granada*, Madrid, Editora Nacional, 1860; y *El siglo de oro de la literatura arábigo-española...*, Granada, Imprenta de José María Zamora, 1867.

29 José Pedro Díaz, *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*, Madrid, Gredos, 1971, p. 205.

30 Manzanares de Cirre, *op. cit.*, pp. 174-180, ofrece un recorrido por su dedicación a los estudios árabes en Granada. Presentó en Madrid en 1864 su tesis doctoral sobre

a quien había llamado mucho la atención Toledo como crisol de culturas, publicando en 1848 *Álbum artístico de Toledo*, tema que retomó con Pedro Pablo Blanco en *El indicador toledano o guía del viajero en Toledo* (Madrid, 1851), o después en numerosos artículos³¹. Colaboró en la redacción de la *Historia de los templos de España*, cuyo único tomo se centró en Toledo y por las mismas fechas en que se redactó la obra enseñaba sánscrito en Madrid. Gustavo Adolfo debió asistir a sus conferencias y desde luego lo trató. En las páginas de la *Historia de los templos de España* que escribió Gustavo se aprecia esta relación³².

En la Memoria del Ateneo de Madrid que presentó el marqués de la Vega y Armijo el 30 de diciembre de 1853 sobre los cursos de ese año figura ya un curso de Assas sobre el tema que aquí nos atañe: *Historia Universal de la arquitectura, lengua y literatura sánscrita*. Sus enseñanzas tuvieron continuidad y en los años 1856 a 1858, coincidentes con el momento de escritura de *El caudillo de las manos rojas*, es bien posible, que Gustavo Adolfo asistiera a ellas. Las conferencias y clases de Assas en el Ateneo sobre sánscrito —dos horas semanales— se anunciaban en *La Crónica*³³. ¿No pudo ser, insistimos, *El caudillo de las manos rojas* una consecuencia de estas actividades?

No sólo en el Ateneo, sino también en la Universidad Central de Madrid, Manuel de Assas fomentó el estudio del sánscrito. El *Semanario Pintoresco*

Poesía histórica, lírica y descriptiva de los árabes andaluces. Sus principales publicaciones son posteriores a las fechas que aquí interesan. Pero cercano su *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central [poesía histórica, lírica y descriptiva de los árabes andaluces]*, Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1864.

31 Sobre estos círculos interesados en el sánscrito, véase en especial Pageard, “L’Inde et la culture espagnole au XIXe siècle”, pp. 16-20; y Pedro Pablo Blanco y Manuel de Assas, *El indicador toledano o guía del viajero en Toledo*, Madrid, Imprenta del Colegio Nacional de Sordomudos, 1851.

32 Pageard, “L’Inde et la culture espagnole au XIXe siècle”, p. 18, recuerda su mención en el estudio sobre la basílica de Santa Leocadia de *Historia de los templos de España*: “nuestro ilustrado y respetable amigo don Manuel de Assas”, o después en el capítulo dedicado al Cristo de la Luz escribe sobre las relaciones entre el arte y la religión compareciendo la India descrita a través de sus templos subterráneos: “La India con su atmósfera de fuego, su vegetación poderosa y sus imaginaciones ardientes, alimentadas por una religión todo maravillas y mitos emblemáticos, ahuecó los montes para tallar en su seno las subterráneas pagodas de sus dioses”.

33 *Ibidem*, p. 20.

Español recogió entre octubre y noviembre de 1856 su *Discurso pronunciado en la inauguración de la enseñanza de la lengua Sánscrita*³⁴. Y ya antes, la misma revista había dado con gran satisfacción la noticia de la creación de la asignatura de sánscrito y que era Manuel Assas el responsable³⁵. Assas en su discurso se refirió a que se trataba de la lengua en que se hallaban conservados los conocimientos de los antiguos sabios de la India y que durante demasiado tiempo había sido poco estudiada hasta que Sir William Jones impulsó su estudio desde la Sociedad Asiática, logrando que atrajera la atención de eruditos y curiosos sobre su singular literatura, conservada en más de un millar de libros que apenas habían sido analizados parcialmente, pero que obligaban a replantear numerosos asuntos. Según Assas,

la poesía sánscrita hermana la monstruosidad con la gracia, la tierna sencillez con una multitud de ficciones extravagantes; en general exagera los pensamientos, abulta las imágenes, acumula los hechos y multiplica los periodos numerosos; pero al mismo tiempo simplifica el estilo, depura el colorido y economiza las metáforas y epítetos. No hay en ella la confusa brillantez, el hacinamiento de comparaciones fantásticas que derraman en la suya los poetas árabes y persas; al contrario en todas las colosales invenciones de sus inmensas epopeyas reinan la sencillez y la claridad; la redundancia está en las imágenes, no en las frases; en los conceptos no en las palabras. La fábula es complicada, inmensa, maravillosa, a pesar de sus monstruosidades; pero la expresión corre como el agua de un arroyo cristalino. La mitología *bacanal*, por decirlo así, de que están llenos los poemas indostánicos, se halla expresada con un candor infantil y a veces majestuoso que toca en la noble sencillez de Homero³⁶.

34 Manuel de Assas, “Discurso pronunciado en la inauguración de la enseñanza de la lengua Sánscrita en la Universidad Central de Madrid”, *Semanario Pintoresco Español*, 41 (octubre de 1856), pp. 322-323; 42 (noviembre de 1856), pp. 346-348 y 387-388.

35 F., “La lengua sánscrita en España”, *Semanario Pintoresco Español*, 38, 21 de septiembre de 1856, pp. 298-299. Artículo tomado de *La Revista Universitaria* y que contiene en esquema lo que después hallamos en el discurso de Assas. Fue reproducido por otros periódicos, interesados en la novedad de la enseñanza.

36 Assas, *op. cit.*, p. 323. Augusto Ferrán en sus artículos divulgativos de esta literatura iba a insistir también en la mezcla de registros, desde lo sublime a lo grotesco, como característico de esta literatura.

Y continuaba don Manuel con una reseña del *Mahabarata*, los *Vedas* y *El Ramayana*, para describir después su métrica, centrándose por fin en la lengua sánscrita. Una tradición literaria de estas características tenía todos los ingredientes para atraer la curiosidad de un joven escritor propenso a las ensañaciones como era Gustavo Adolfo, que buscaba su camino como poeta y narrador.

Simonet, por su lado, ensayó la creación literaria a partir de sus conocimientos eruditos y publicó *Leyendas históricas árabes* en Madrid, en 1858, influido por Estébanez Calderón. En el “Prólogo” escribía Pedro de Madrazo:

Los poetas y escritores de la España árabe, viviendo en el recinto de aquellos palacios y vergeles, inspirados por las escenas de tan magníficas cortes y por las delicias de la naturaleza, entre flores, fuentes, bosques de granados, limoneros y arrayanes, frescas umbrías, produjeron páginas tan risueñas, tan ricas de imágenes, tan llenas de vida y de color, que no cede su bella literatura a la del último renacimiento que han logrado en Europa las Humanidades. El estudio de la Naturaleza física y moral les sugiere páginas que pudieran prohiar sin desmerecimiento Bernardin de Saint Pierre, Chateaubriand, Byron o Lamartine. En muchos de sus cuentos y leyendas hay trozos descriptivos y de sentimiento que rivalizan con los más escogidos de *Atala* y *Rafael*³⁷.

37 Pedro de Madrazo, “Prólogo” a Francisco Javier Simonet, *Leyendas históricas árabes*, Madrid, Imprenta y Litografía de D. J. José Martínez, 1858, p. iv. El libro acoge cuatro “leyendas”: *Almanzor*, *Merien*, *Medina Azzahara* y *Camar*, colocando personajes históricos en ambientes imaginarios y creando aventuras. “Medina Azzahara (Episodio histórico)”, había aparecido antes en el *Semanario Pintoresco Español* en 1856, pp. 169-173 (1 de junio), 178-181 (8 de junio), 186-188 (13 de junio), 193-196 (22 de junio), 210-212 (6 de julio) y 237-239 (27 de julio). Véanse ahora en F. Javier Simonet, *Tres leyendas árabes*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2001. En 1856, Simonet publicó una serie de artículos “Sobre la poesía oriental” en el *Semanario Pintoresco Español* (I, pp. 355-357; II, pp. 372-373; III, pp. 394-395) referidos a la poesía de los hebreos, persas y árabes. En 1859 publicó además artículos de divulgación oriental. De tipo descriptivo sobre la Alhambra y el Escorial en el *Museo de las familias*. En *La América* (III, nº 1, 8 de marzo de 1859, pp. 8-9) un resumen de sus conferencias en el Ateneo “Sobre el carácter distintivo de la poesía árabe”; y “Alcázares célebres entre los árabes”, sobre palacios. En 1860, en *Crónica de Ambos Mundos*: “Recuerdos históricos

El prólogo de Madrazo ofrece gran interés porque lleva su comentario a un terreno que es fundamental para la exégesis de relatos como los que Bécquer escribió de temática oriental: la imitación consciente de modelos literarios. Y lo hace, además, considerando una doble perspectiva al señalar tanto las fuentes originales como toda una corriente moderna literaria internacional ya consolidada que se fundaba en aquella tradición. Madrazo estaba señalando de manera directa y coetánea, hacia autores y textos que la crítica becqueriana ha tardado decenios en ir descubriendo gracias a la sagacidad de lectores como Rubén Benítez. Que en 1858 se mencionara a Bernardin de Saint Pierre, Chateaubriand, Byron y Lamartine como escritores que “pudieran prohiar sin desmerecimiento” las tentativas arqueologistas de Simonet confirma los estudios de Benítez sobre los modelos literarios de Bécquer al escribir *El caudillo de las manos rojas* y, asimismo, es un recordatorio de que habrá que estudiar también el papel de estas colecciones de leyendas autóctonas en la conformación de la serie en que se insertan las leyendas becquerianas y relatos como *El caudillo de las manos rojas* que estaban ensanchando hacia oriente la escritura fantástica³⁸.

de Toledo” y “Datos biográficos sobre Omar ben Hafsun”. Y el libro *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los naseritas* (Madrid, Imprenta Nacional, 1860), sacada de autores árabes. Simonet continuó dando publicaciones interesantes: *Santoral hispano-mozárabe escrito en 961 por Rabi ben Zaid, publicado y anotado por Francisco Javier Simonet*, Madrid, Tipografía de Pascual Conesa, 1871. No se agotan ni con mucho las posibles referencias y uso de aportaciones del arabismo. De Emilio Lafuente y Alcántara: *Inscripciones árabes de Granada* (Madrid, Imprenta Nacional, 1859); Leopoldo Eguílaz y Yanguas, *Poesía histórica, lírica y descriptiva de los árabes andaluces*, Madrid, 1864 (tesis doctoral). Y un lugar relevante ocupan también las guías de viaje que difundían y orientaban a los viajeros en aquella cultura: José Jiménez Serrano, *Manual del artista y del viajero en Granada*, Granada, J. A. Linares, 1846. Manuel Lafuente Alcántara, *El libro del viajero de Granada*, Granada, Imprenta y Librería de Sanz, 1843. Segunda edición, corregida y aumentada en Madrid, Imprenta de D. Luis García, 1849. Granada sobre todo produjo una estela literaria enorme y ahora una bibliografía específica: Pedro Galera Andrés, *La imagen romántica de la Alhambra*, Torrejón de Ardoz, Junta de Andalucía / Ediciones El Viso, 1992. En fechas cercanas cabe recordar aquí, Manuel Fernández y González, *La Alhambra: leyendas árabes*, Madrid, Imprenta y Litografía de J. J. Martínez, 1856.

38 Sería necesario al menos precisar qué traducciones de estos autores estaban al al-

Y relevante resulta, al respecto, recordar que la década de 1850 a 1860 supuso en los estudios filosóficos la aparición del Krausismo como corriente neoidealista integradora impulsada por Julián Sanz del Río que chocó frontalmente con el tradicionalismo católico. Sanz del Río había resumido en 1853 el *Cours d'histoire universelle*, de Weber, donde se cuenta con las culturas orientales. Y sobre todo, la apertura del curso universitario 1857-1858 dio lugar a un polémico discurso suyo, reclamando un nuevo horizonte filosófico donde el interés por la India no está ausente como base para un comparatismo religioso³⁹. Don Julián iba congregando en torno suyo a profesores que acabarían convirtiendo las ideas del maestro en una de las corrientes fundamentales del pensamiento español de los siguientes decenios y sobre todo en un fermento que transformó muchas de las actitudes intelectuales y personales de estudiosos españoles, haciéndoles más receptivos y más dispuestos a examinar nuevas cuestiones sin prejuicios. También los estudios orientales beneficiaron de ello. Bastará un ejemplo. Entre sus discípulos se contaba Francisco Fernández González, quien en 1856 accedió a la cátedra de Literatura General y Española de la Universidad de Granada, apoyado en su oposición por Sanz del Río. Allí se aplicó por igual a difundir las ideas del maestro y a los estudios árabes, continuando una labor proselitista iniciada en Ronda mientras fue profesor en su Instituto. Entre sus alumnos se hallaba Francisco Giner de los Ríos y en Granada en 1861 apareció su *Plan de una biblioteca de autores árabes españoles o estudios biográficos y bibliográficos para servir a la historia de la literatura árabe en España*⁴⁰.

Lo que queremos destacar con esta breve incursión en el orientalismo español es que el relato becqueriano no fue fruto del azar, sino que creció sobre un terreno abonado doblemente: en Europa la recuperación del

cance de los escritores en aquel momento, sin olvidar que además en francés lo leían muchos de ellos. La editorial Gaspar y Roig, por ejemplo, venía publicando traducciones de numerosas obras de Chateaubriand y Lamartine desde la década de los cincuenta. Imposible hacer aquí un recuento, pero véase al menos el *Catálogo general de los libros de fondo y de surtido y de la Biblioteca Ilustrada de la Casa de Gaspar y Roig, editores, impresores y libreros*, Madrid, Gaspar y Roig, 1868.

39 Pageard, “L’Inde et la culture espagnole au XIX^e siècle”, pp. 19-20. Rastrea en sus diarios sus lecturas sobre el tema, remitiendo a Sanz del Río. *Documentos, diarios y epistolarios*, Madrid, Tecnos, 1969.

40 Existe una reedición en Oviedo, Pentalfa, 1983.

pensamiento y de la literatura hindú había producido un movimiento de imitaciones literarias. Y, por otro lado, en España, además de no ser desconocida esta literatura, el arabismo tradicional experimentó en aquellos años una ampliación notable de horizontes, sumándose al estudio del pasado árabe español otros asuntos como el estudio del sánscrito dentro de las nuevas teorías lingüísticas que buscaban las raíces de las lenguas y hasta se atrevían a conjeturar la posibilidad de una lengua universal primitiva.

Era casi imposible que un joven escritor inquieto se sustrajera a estas polémicas cuando se planteaban en los foros intelectuales madrileños más prestigiosos: la Universidad Central y el Ateneo. No se debe descartar que asistiera por curiosidad a las clases de sánscrito de Manuel de Assas y que este le proporcionara información sobre la India. *El caudillo de las manos rojas* denota familiaridad con el panteón de los dioses hindúes y su simbolismo, aunque lo que ofrece en primer plano es una historia de amor romántico que calificará como “tradición india”. El amor se muestra más fuerte que todas las prohibiciones y que la misma muerte: Siva, dios de la destrucción y de la renovación, devuelve Suannah a Pulo agonizante y ella sigue a su amante en la muerte.

Gustavo Adolfo tuvo muy presente lo que contaban las enciclopedias sobre la India y trató de imitar las formas poéticas de los textos sánscritos que Assas definía como dobles dísticos, según Pageard. La misma división en estrofas se encuentra en “La Creación”, “poema indio” que publicó en *El Contemporáneo* el 6 de junio de 1861. Aún volvería en otro breve texto a tantear el relato orientalista: “Apólogo”, dado a conocer en *La Gaceta Literaria* el 28 de febrero de 1863. Para entonces, sin embargo, había tenido ocasión de familiarizarse más y mejor con los temas orientales en sus conversaciones con su amigo Augusto Ferrán quien escribió también trabajos de divulgación sobre los mismos en la prensa madrileña. Así en *El Museo Universal*, durante 1864: “El Mahabarata y la literatura de la India” (7 de agosto), exaltando su contenido altamente espiritual; “El Ramayana o la grande epopeya de los Indios” (16 de octubre) con resúmenes detenidos de su contenido al que debió acceder en ediciones de los textos hindúes en otras lenguas europeas o quizás simplemente tradujo ensayos sobre estas dos grandes obras editados en revistas no españolas.

Estos y algunos otros artículos cierran el círculo de los caminos del legado oriental en Europa. Tanto filólogos como filósofos y escritores in-

teresados en estas cuestiones tenían los ojos puestos en Alemania donde desde el siglo XVIII se había ido conformando una línea de pensamiento en la que las culturas orientales tuvieron importancia y jugaron un destacado papel en la formulación del romanticismo⁴¹. En España se llegaba así a un punto en el que confluían varios caminos que hacían posible un conocimiento mejor y más preciso del mundo oriental. En pocas palabras: se sumaban un creciente acceso a textos literarios originales traducidos, su exégesis por los pensadores europeos románticos y postrománticos y un tercer aspecto que nos devuelve a la escritura de Gustavo Adolfo: cómo este pensamiento y literatura dieron lugar a una corriente literaria de *imitaciones* en la que deben inscribirse *El caudillo de las manos rojas* y sus otros relatos orientales. Es este el meollo de la cuestión: cómo se hizo operativa en Occidente la tradición múltiple de Oriente. El error de la edición barcelonesa —la confusión entre “tradición” / “traducción”— sin pretenderlo estaba planteando el complejo asunto de la recepción de la cultura India por Gustavo Adolfo y los caminos de mediación. Sobre estos últimos hay que añadir un nuevo aspecto: el papel jugado por la literatura nacida de la difusión e imitación de esta cultura en las décadas anteriores. En palabras de Candido Panebianco,

si trattò comunque di un movimento generale che investì dappprima Germania, Francia ed Inghilterra e che non tardò a fare sentire i suoi effetti negli altri paesi europei. Bécquer lo mediò attraverso Chateaubriand, Hugo, Lamartine, Balzac e forse anche Gautier, convertendolo in linfa viva, nella *Weltanschauung* insieme cristiana e panteistica che impronta la sua opera di scrittore⁴².

El estudio de la mediación realizada por estos y otros escritores ayuda a descubrir el verdadero espacio europeo de la escritura becqueriana que han perfilado Rubén Benítez y Robert Pageard y en la que todavía cabe ahondar⁴³. Los estudios culturales están suscitando en los últimos dece-

41 No está de más remitir aquí al clásico estudio de Raimond Schwab, *La Renaissance orientale*, Paris, Payot, 1950. Véanse asimismo René Gerard, *L'Orient et la pensée romantique allemande*, Paris, Didier, 1963; y John Drew, *India and the Romantic Imagination*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

42 Panebianco, *op. cit.*, p. 10.

43 Del primero, además de su imprescindible *Bécquer tradicionalista*, véase ahora: *Béc-*

nios un intenso debate acerca de la construcción del canon literario y el alcance de los mestizajes culturales frente a la visión tradicional colonialista europea. No estaría de más analizar estos escritos becquerianos desde esta perspectiva⁴⁴.

El caudillo de las manos rojas ofrece un campo excelente para mostrar cómo procedió Gustavo Adolfo en la asunción de esta tradición múltiple. Rubén Benítez ha realizado magníficas apreciaciones sobre probables lecturas que subyacen en el relato y que delatan este juego de mediaciones. Estudiando las fuentes del relato becqueriano realizó atinadas observaciones sobre cómo ciertos textos orientales se fueron difundiendo en Europa y dieron lugar a una literatura de imitaciones descriptivas y de otro tipo. El templo de Jaganata daría lugar a descripciones como las incluidas por Bernardin de Saint Pierre en *La chaumière indienne* o en *Eldorado* de Gautier. Para otros pasajes sugiere pasajes del *Ramayana* y del *Mahabharata*, pero también de *Atala*, de Chateaubriand, cuya floresta americana y la gruta del ermitaño no son ajenas a esta tradición exótica, que le llevó a trasladar al escritor ciertas acuñaciones hindúes a América, mezclándolas con otras más verosímiles del continente americano como la inclusión de cóndores que, en su camino de asimilación por el escritor sevillano, darían lugar a un error de este, que incluye un cóndor en su paisaje hindú⁴⁵.

quer y la tradición de la lírica popular, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, colección Desde mi celda, nº 2, 2006. Remitimos a los clásicos ensayos de Robert Pageard, “Le germanisme de Bécquer”, *Bulletin Hispanique*, lvi, 1-2 (1954), pp. 83-109. “Gustavo Adolfo Bécquer et le Romantisme français”, *Revista de Filología Española*, lII (1971), pp. 477-524; las numerosas notas a las *Rimas* en su edición: *Las Rimas de G. A. Bécquer. Edición cronológica y crítica*, Madrid, CSIC, 1971; “La poésie des poètes. Réflexions de Charles Baudelaire et de Gustavo Adolfo Bécquer sur leur art et leur société autour de 1860”, *Bulletin de la Société Française de Littérature Générale et Comparée*, 20 (1981-1982), pp. 39-56; y “El wertherismo de Bécquer”, *El gnomo. Boletín de estudios becquerianos*, 1 (1992), pp. 29-32.

44 Véase ahora *Naciones literarias*, Barcelona, Anthropos, 2006.

45 Benítez, *Bécquer tradicionalista*, p. 122. Como indica Benítez, *ibidem*, pp. 131-132 y 132-136, Gustavo Adolfo pudo tener conocimiento de las obras maestras de la literatura hindú por sus traducciones francesas. Las traducciones al español fueron más escasas y episódicas. Véanse también sus indicaciones sobre nombres de ríos y otros accidentes geográficos donde conviven los documentables con otros que parecen invención de Gustavo Adolfo, o las costumbres de los personajes.

No es fácil delimitar el origen de ciertos motivos como sucede con el de las manos manchadas de sangre. Benítez llama la atención sobre la leyenda del escritor francés Amédée de Beaufort, “La Sire à la main sanglante” (1840), que considera “casi versión francesa” del *Caudillo*, para añadir después que se halla presente en *Cain*, de Byron, o en *Macbeth*, de Shakespeare, obras que conocía Gustavo Adolfo. Todo lo cual previene de lecturas precipitadas. Aun así la tradición del Jaganata le permite acotar bien aspectos de las fuentes becquerianas y hasta qué punto, como queda adelantado, habría habido una voluntad de sus amigos de suprimir indicios con la supresión de la parte última de la leyenda. Para Benítez, el origen del *Caudillo* estaría en la tradición de este templo aunque Gustavo Adolfo no la siguió al pie de la letra sino con cierta libertad, inyectándole la intensidad romántica del *Cain* de Byron, oscilante entre los consejos del ángel y las tentadoras palabras de Satanás a su protagonista. Y llevando el relato a un final operístico donde reúne motivos dispersos y el pecado originario del príncipe queda completamente destacado.

Si delimitar la serie en que debe inscribirse *El caudillo de las manos rojas* no es fácil, otro tanto ocurre con su género. Como se ha visto, desde la edición de las *Obras* en 1871 en que se incluyó entre las “Leyendas”, lo habitual ha sido considerar el relato una más de estas. Sin embargo, el paso del tiempo ha hecho que la crítica haya puesto de relieve que esta etiqueta acoge una variedad notable de textos cuyas características deben ser precisadas en cada caso. A la postre *El caudillo de las manos rojas* por sus peculiaridades y por su extensión ha acabado creando su propia tradición editorial como relato suelto y de singular desarrollo. Bécquer realizó ya en este temprano ejercicio narrativo un trabajo de cuidadosa taracea artística. Reunió ingredientes de procedencias diversas —como hará generalmente en sus escritos ficticios— pero con su habilidad de escritor logró infundirles una sensación de novedad y de originalidad.

Concluimos dejando en el aire otra cuestión que dejó planteada Rodríguez Correa cuando escribía: “todos los que la insertaron en España o copiaron en el extranjero la bautizaron con el nombre de *traducción india*”. Lo que lleva implícito que no sólo la habría reproducido *La Corona* como queda aquí probado, teniendo incluso que rectificar su error entre *tradición / traducción* sino que es probable que existan otras ediciones periodísticas de la narración. La prensa provincial española ha sido poco

rastreada buscando ediciones de textos becquerianos. Menos todavía se ha estudiado la prensa americana en lengua española, que se nutría de colaboraciones de escritores españoles. Para quien sea escéptico sobre las posibilidades reales de la existencia de estas u otras ediciones becquerianas en vida del poeta, nos limitamos a recordar que no hace mucho que Javier Urbina ha recuperado dos ediciones periódicas cubanas de una rima y una leyenda en *Fray Junípero*, revista satírica de La Habana, que entonces no era un país extranjero y que advierte sobre la posibilidad de que aparecieran textos becquerianos en otros países americanos de habla española⁴⁶.

POSTDATA

Este ensayo, como queda dicho, fue escrito en 2010 y presentado en la Universidad de Barcelona en uno de los seminarios de la Asociación de Estudios de Literatura Española del siglo XIX. Su extensión hizo que decidiéramos no incluirlo en las actas correspondientes de aquel encuentro. Después, diferentes circunstancias que no viene al caso detallar, han ido retrasando la publicación.

Tal como suponíamos entonces, durante este tiempo hemos localizado una nueva edición periódica, sin firma, en *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, periódico madrileño, que introduce nuevas cuestiones sobre el texto de *El caudillo de las manos rojas*, de entrada, adelanta su primera edición a marzo-abril de 1857. Su estudio, que estamos llevando a cabo con vistas a una edición crítica del relato, requiere otro acercamiento desde la órbita de aquel diario y proporciona algunas otras luces sobre el entorno orientalista de Gustavo Adolfo Bécquer. Nos limitamos aquí, con todo, a dejar constancia de esta edición periódica, la primera de las conocidas, en 10 entregas, aunque la numeración de estas no es correlativa y falta además en la colección revisada el número del periódico correspondiente a la quinta entrega; como queda dicho, se publicó en el folletín de *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*:

46 Javier Urbina, “Notas sobre el inicio del becquerianismo en América”, *El gnomo. Boletín de estudios becquerianos*, 12-13 (2003-2004), pp. 143-148.

1. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (1). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 10, 26 de marzo de 1857, pp. 1-2. Concluye “(Se continuará)”.
2. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (2). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 11, 27 de marzo de 1857, pp. 1-2. Concluye “(Se continuará)”.
3. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (3). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 12, 28 de marzo de 1857, pp. 1-2.
4. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (4). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 14, 31 de marzo de 1857, p. 1.
5. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (5). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 15, 26 de marzo de 1857.⁴⁷
6. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (6). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 16, 2 de abril de 1857, p. 1.
7. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (7). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 19, 7 de abril de 1857, pp. 1-2. Concluye “(se continuará)”.
8. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (7 [repite numeración pero es la entrega 8]). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 20, 8 de abril de 1857, pp. 1-2.

47 Falta este número en la colección del periódico consultada por lo que no podemos describir con más detalles la entrega.

9. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (8 [pero es la entrega 9]). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 22, 11 de abril de 1857, p. 1.
10. EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS. TRADICIÓN INDIA (8 [pero es la entrega 10]). *El Orbe, diario de la tarde, político, literario e industrial*, año I, n.º 25, 26 de abril de 1857, p. 1. Concluye “FIN”⁴⁸.

48 La distribución del texto de los capítulos y capitulillos es también muy defectuosa: faltan datos en ocasiones, otros son incompletos.